

LAS AZOTEAS DE CADIZ *

(Fragmento de una Historia Intima)

POR ANTONIO GONZÁLEZ-MENESES Y MELÉNDEZ

Juana se levantaba al amanecer. Cosía incansablemente la ropa blanca de sus hijos: los cinco varones y las dos hijas. Por las tardes, subía a la azotea.

Juana Castañeda es un personaje borroso. Vive sin salir a la calle ¿ni a misa? años y años. Mujer del Alcalde, precisamente en el Centenario del Descubrimiento de América, no hace vida de sociedad, de representación; no acompaña a su marido en las recepciones a la Reina Regente. No sale a nada.

De joven, hizo alguna aparición. Se cuenta que, recién casada, fue al Teatro, a la Opera con una «salida de teatro» que era un albornoz de terciopelo blanco con capucha y que su aparición en el palco provocó murmullos de admiración, porque era muy hermosa. Era alta, no tanto como su madre, erguida, de nariz fina y algo aguileña, cara alargada, sin ser estrecha, ojos clarísimos, que guiñaba graciosamente, porque era miope. Había sido muy rubia, pero desde joven tenía el pelo blanco. Y hemos dicho que por las tardes subía con los suyos a la azotea.

Las azoteas de Cádiz son —eran— encantadoras. Todo lo que ahora se diga de ellas, aunque se diga en presente, se refiere a los veinte años que van desde 1882 a 1903, los años que van desde aquel en que mi madre tenía dos años cumplidos hasta que se casó y salió de Cádiz.

En «El Cádiz de las Cortes», al describir la casa gaditana,

* Leído en la sesión académica del 9 de junio de 1978.

dice Ramón Solís que las azoteas tenían dos fines: tender la ropa lavada para que se secase y recoger el agua de lluvia para llenar los aljibes que ocupaban el subsuelo del patio, en el que estaba el brocal, casi siempre de mármol y de una pieza. Esta es una verdad incompleta. Desde luego, en las azoteas se secaba la ropa tendida. En las azoteas se recoge el agua de lluvia. Por eso, en septiembre, antes de las primeras tormentas del equinoccio —la sanmiguelada, el cordonazo de San Francisco—, se lava cuidadosamente la azotea, se encala el suelo y la primera lluvia se deja ir por el aliviadero y no se recoge en el aljibe.

Las azoteas, además de llenar este doble papel en el ciclo del agua, eran un segundo salón, un cuarto de estar en el que la familia pasaba horas reunida, al sol en invierno, al fresco en verano, entre sol y sombra en primavera y en otoño. Un paraíso terrenal todo el año.

Cuenta Antonio Collantes de Terán que en Sevilla, al final de la Edad Media, en las casas de dos pisos, que se llamaban soberadas, solían vivir dos familias. Y de ordinario, el pozo o los pozos estaban en el bajo. Por excepción, había brocales en el soberado, con caña cerrada hasta la planta inferior. Y a su vez, la azotea correspondía a los vecinos del piso alto. Pues bien, los vecinos de arriba tenían derecho al pozo y los de la planta baja a disfrutar de la soleada azotea. Y este concierto de mutuas concesiones se denominaba servidumbre de agua y sol. Es realmente poética esta forma jurídica medieval. En Cádiz y en el siglo XIX, supongo que pasaría lo mismo, aun sin contrato, en las casas habitadas por varios inquilinos. Pero ahora se habla de una típica casa gaditana de las que ocupaba una sola familia.

En las casas gaditanas, la azotea está dividida por muretes de altura variable, entre un metro y cincuenta centímetros, que reproducen el plano de la casa. Son la continuación de los muros de carga que separan las crujías habitadas y repiten los huecos de puertas y vanos por los que se pasa de unos a otros sectores de la azotea. Estos poyetes —palabra que es un diminutivo de poyo, la forma andaluza del podio latino— solían estar cubiertos en gran parte de macetas o

servían de mesas auxiliares donde se tenían los libros, los periódicos, la cesta de la costura o el rosario de la abuela cuando se descansaba de estudiar, de leer, de coser, de rezar. Cuando la familia charlaba, se reía o se preocupaba por tanto motivo de guasa o de angustia como había en aquel fin de siglo.

También a veces esos poyetes servían para arriesgados ejercicios de los chiquillos de la casa, para ser usados como pistas de remontar cometas —barriletes se dice en Cádiz, se dice en Buenos Aires todavía—. Y así murió un muchacho de una de las mejores familias gaditanas, el joven Pacheco García de Meneses que, así, remontando su barrilete polícromo, se precipitó sobre la montera de cristales, la atravesó y quedó muerto en el patio.

Las macetas eran de rosales, de jazmineros, de claveles. Pero Juana se desesperaba porque los claveles de Cádiz no olían como los de Sevilla.

En la azotea se reunía la familia al caer la tarde, las tres cuartas partes del año. Francisco leía, estudiaba la lección que iba a explicar al día siguiente. Era catedrático de Anatomía Topográfica y Operaciones. Y Decano de la Facultad. Juana cosía y cosía. Los niños jugaban o repasaban las lecciones. Los muchachos, la hija mayor, charlaban. Y todos, de vez en cuando, levantaban la vista hacia un punto lejano. Desde la azotea de la casa de la calle de Ceballos no se veía el mar. Eso pasa desde la mayoría de las casas de Cádiz, por lo apretado del caserío. Por eso muchas de esas casas tenían —tienen— un alto mirador de dos pisos y una planta final, cubierta o no, desde donde otear la bahía, la bocana del puerto, la mar abierta del sur. En Sevilla se distingue el mirador, que tiene la última planta cubierta, de la mira que termina en una pequeña azotea a la que se sube por una escalera exterior de hierro, muy empinada.

Pero a donde se dirigen las miradas de la familia, las de todo Cádiz es a la Torre de Tavira, a la señal que indica la llegada de un vapor, su nacionalidad, el rumbo del que llega.

Se miraba la Torre del Vigía, porque se quiere saber si ha llegado el barco de Cuba, de Filipinas. El barco en que vienen

el pariente, el amigo herido, enfermo o quizá solo con permiso. Y las cartas.

Es verdad que de Cuba, de Filipinas se tenían entonces noticias por telégrafo. Pero eran noticias oficiales. Y las de los periódicos, con la censura de guerra, no resultaban más tranquilizadoras. Es verdad también que se podía expedir un telegrama particular. Un parte, se decía entonces. O un telégrama, con sonido esdrújulo que lo hacía parecer más rápido. Pero los precios de ese servicio eran, para entonces, altísimos. Todavía a Cuba, a Puerto Rico, aun siendo muy altos, porque a La Habana cada palabra costaba tres pesetas con sesenta céntimos y a Santiago de Cuba casi el doble.—seis, treinta—, en un caso muy grave, de muerte o de liberación se podía pensar en usar el telégrafo. Pero a las Filipinas cada palabra suponía o diez, cincuenta si era por vía Turquía o diez, setenta y cinco si lo era por Malta y Bombay. Si pensamos que un catedrático de Universidad tan antiguo como para ser Decano por escalafón, ganaba al año seis mil pesetas, es decir, quinientas pesetas al mes, un telegrama a las Filipinas de diez palabras, incluidas la dirección y la firma, al suponer más de cien pesetas de coste, correspondía al haber de la quinta parte del sueldo de un mes, seis días de ese sueldo. Por lo menos unas diez mil pesetas de ahora. O veinte mil. Y eso, trasladado al nivel económico de un capitán, de un escribiente, de un obrero, era un sueño de las Mil y Una Noches.

Y si el periódico había anunciado que un vapor había salido de La Habana, de San Juan, de Cavite, todavía quedaban días de ansiedad esperando la llegada del barco, porque no existía la radio. Se miraba la Torre del Vigía con la misma angustia con que los gaditanos de noventa años antes contemplaban la señal de «batalla naval a la vista» el 21 de octubre de 1805. Ahora se miraba el semáforo erguido, la cruz negra con las señales que todo Cádiz sabía interpretar. Si en el penol del sur de la verga había una bola, es que un vapor entraba de levante, lo que podría significar que a través del Canal de Suez venía del lejano y amado y temido Archipiélago. Si la bola colgaba en el penol del norte el vapor venía de poniente, del Atlántico, de Canarias, de las Antillas ama-

das y temidas. Si además colgaba un gallardete con los colores nacionales, se trataba de un buque de guerra. Solamente en el caso de que la bola luciese en el tope del asta se podía asegurar que se trataba de un vapor procedente de Sevilla. Y de allí no venían repatriados, la frente blanca sobre el moreno rostro, demacrados por el paludismo o el vómito negro. Aunque sí podían venir quintos para una nueva expedición al teatro de la guerra.

A veces, una bandera extranjera bajo la bola indicaba la nacionalidad del buque. Y si no era español no había por qué correr al puerto a ver desembarcar a los heridos en camilla, a los convalecientes sostenidos por los brazos sobre los hombros de los más fuertes, a los sonrientes soldados de rayadillo, con sombreros de anchas alas o nuqueras agitadas por el viento colgando del ros o el kepis que podían haber sido arrogantes.

Don Antonio Alcalá Galiano lo recuerda: la ansiedad del amigo de su amigo: «Subamos a la torre, porque la de vigía ha hecho señal de «combate a la vista». Y luego los gaditanos en los miradores, las torres se llamaban —calle de las cuatro torres, calle de las cinco torres—, en las azoteas desde las que se llegaba a ver el mar. Los gaditanos con catalejos, «anteojos de larga vista, instrumento muy común en los gaditanos, para quienes es registrar el mar y las naves que le surcan agradable y constante recreo», dice Don Antonio.

La Torre de Tavira está en lo más alto de Cádiz entre las calles de Bejumeda y Sacramento, en la calle llamada antes de las Bulas. Está cerca de la calle de Ceballos, de la Bomba. Tiene la torre algo más de cuarenta y una varas de alto. Sobre el nivel del mar, cuarenta y un metros y veintitrés centímetros. Desde ella se divisan —usando los términos poéticos de la navegación a vela— los navíos de tres puentes a elevación de treinta millas marítimas. Lo que quiere decir diez leguas justas de cinco mil quinientos cincuenta y cinco metros, o sea, treinta minutos de arco ortodrómico. Algo más de cincuenta y cinco kilómetros y medio.

Tenía la Torre como personal fija, a mediados del siglo XIX, tres vigías numerarios y uno supernumerario. Y de los cuatro,

tres se llamaban Ortiz de primer apellido. Y tenía ya en 1852 una línea de telégrafo directa que la comunicaba con San Fernando.

Cualquier novedad sobre la guerra se comenta de azotea en azotea. La muerte de Maceo, por el Comandante Cirujeda, conmueve a los gaditanos. La emocionante aventura de forzar el bloqueo yankee que por dos veces seguidas consigue el Capitán Deschamps, los entusiasma. Don Manuel Deschamps, que manda el «Montserrat», de la Transatlántica, por dos, por tres veces, saliendo de Cienfuegos, entrando y volviendo a salir de La Habana, burló a los lebreles enemigos, a los tres días de haber sido declarado el bloqueo.

Tan brillante fue el hecho, que oscureció la gloria del Capitán del «Alfonso XIII» que consiguió salir de Puerto Rico. Y nadie hablaba de D. José María Gorordo. Deschamps había vencido el 27 de abril. Gorordo, el 5 de mayo. Era el terrible año de 1898. La hazaña de Cirujeda en Punta Brava había ocurrido casi dos años antes, en diciembre de 1896. Había sido una fugaz ilusión de paz victoriosa.

La llegada de los barcos de guerra, de los transportes con repatriados y con noticias completas y fidedignas tenían un triste colofón. A los dos o tres días —no se guardaba más duelo—, al llegar las niñas al colegio de Doña Carolina, las compañeritas con babis negros no necesitaban decir con palabras su orfandad. Las colegialas se abrazaban llorando. El rencor a los yankees no se borró jamás —lo digo en serio—, jamás, de los corazones de aquellas niñas gaditanas. Por cierto, Doña Carolina era una maestra excepcional. Hubiera sido como nuestra Doña Josefa Reina, si una locura senil no lo hubiera impedido. Unos años después, las niñas, al entrar en clase, vieron el cuerpo de Doña Carolina colgando de una viga. Y desde entonces no se habló de ella más que en secreto y con pena. A ese colegio asistían niñas modestas y niñas ricas, de todo el Cádiz de las clases alta, media y menos que media. Siempre fue Cádiz ciudad de gran permeabilidad entre los estratos económicos y sociales. No parecía —en eso— una ciudad andaluza.

De azotea a azotea no se hablaba solo de la guerra. Se ha-

blaba de la vida. Se comentaban los progresos de las plantas de las macetas y de los estudios de los hijos. Como las azoteas estaban al andar unas de otras y solo separadas en muchos casos por poyetes bajos, iguales a los que las dividían en cada casa, aparecía una nueva ciudad plana, elevada y comunicante, en que cada manzana podía ser recorrida sin demasiado esfuerzo y, desde luego, sin peligro. Y seguramente más de un noviazgo se fraguó de azotea a azotea entre muchachos y muchachas que quizá nunca se habían visto por la calle. Porque las visitas de confianza se podían recibir en la azotea. No así las de cumplido, tiasas en los rehenchidos sillones o el sofá del salón, el estrado de damasco amarillo y tallada caoba, de paredes enteladas también de damasco, con delgados marcos de caoba en cada panel —panneau se decía entonces, a la francesa— alfombrados suelos en invierno, esterados finamente en verano, siempre de rigurosa etiqueta. El salón de reloj de figura de bronce y candelabros de plata en la consola, de esculturas de oscura y polícroma calamina —la bella jardinera, el cazador de curvada trompa alrededor del brazo— en las rinconeras. El salón de araña de cristal y cornucopias. De cortinas de encaje en los balcones y entredoses entre cada dos puertas. En el que no entraban los niños, salvo un instante a saludar a los visitantes que habían preguntado por ellos. El salón en el que los abuelos sentados en los grandes sillones recibían la comunión pascual cada primavera de los últimos diez años de sus vidas.

Así transcurría la vida gaditana, entre la etiqueta de las salas de estrado y la confianza de las azoteas en el último quinto del siglo pasado. No era una vida fácil. Ni tranquila ni alegre, aunque llegara a la azotea el son de la guitarra, la voz del cantador de la taberna inmediata de la Parra a la salida de la calle de la Bomba a la plaza de Fragela. La voz alegre o triste de unas alegrías o unos tanguillos, de unas soleares —soleadas, decía Don Antonio Machado; soleares, Manuel—. La voz de la juerga íntima, de los floreos del viejo Habichuela. Pero por detrás de la voz del cantador se oía fluir el canto de la guerra, el miedo del posible bombardeo de los americanos. Y eso que la familia tenía el inmenso or-

gullo de que Alberto Castaños, el marido de Juanita, la hija mayor, había montado en toda la bahía una red de minas submarinas que se podían hacer estallar a voluntad desde una caseta del puerto. Castaños era un marino de guerra, cultísimo, con dos especialidades: electricista y torpedista. Se le condecoró por el dispositivo de defensa que había emplazado en los lugares clave de la canal de entrada, de los fondeaderos esenciales. Cuando años después se desmontó el aparato, por incuria o desidia, una explosión costó alguna vida y en Cádiz se decía que no habría pasado si hubiera dirigido la operación Castaños.

Hace pocos años he subido a la azotea de la calle de Ceballos. Está construida en parte con lavaderos y cuartos de chismes, sucia, destrozada. Pero los niños que en ella habían jugando hace ochenta, noventa, cien años se reconocerían en la linda niñita que mecía una muñeca, aunque no sepamos cómo se llama, de qué familia es, desde cuándo los suyos habitan esa casa, ahora dividida en cinco o seis viviendas.

Y se sigue viendo la plaza de Fragela, el Gran Teatro, que por entonces se quemó en un incendio pavoroso y ahora se llama de Falla. Y casi se ve la amada Facultad de la que Francisco se sentía hijo, marido, amante y padre.